

Julia Aguilar, *Always*
(1899-1979)



Julia Aguilar, *Always*
(1899-1979)

Rebelde y Artista

Antonio Abarca Anoro
Antonio Buil Sillés

TÍTULO ORIGINAL: *Julia Aguilar, Always*
(1899-1979)
Rebelde y artista

PRIMERA EDICIÓN: diciembre de 2014

EDITA: **Liberalitas Iulia, S. C.**

C/ Estadilla, 9 – 3.º D
22300 Barbastro (Huesca)

© Antonio Abarca Anoro, 2014

© Antonio Buil Sillés, 2014

© De los textos y las imágenes, sus autores o propietarios

DISEÑO EDITORIAL: David Adiego Estudio

CORRECCIÓN DE TEXTOS: Ana Bescós García

REPRODUCCIÓN DE CUADROS: Foto Salas

CUBIERTA: *Autorretrato*, de Julia Aguilar, Always.
Archivo Barboza Grasa

CONTRACUBIERTA: Julia Aguilar. Madrid, 1931
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte
Archivo General de la Administración

IMPRIME: Imprenta Moisés. Barbastro.

Depósito Legal: HU-390/2014
ISBN: 978-84-617-3053-7

6

A Julieta Always

Modest Cuixart

9

De cómo el azar se enamoró de Julieta

Luis J. García Bandrés

13

Habitó el misterio

Antonio Buil Sillés

15

Un día de San Julián

19

La familia

32

Los primeros años: la muerte de la madre

42

El paso por la Escuela Normal de Huesca

51

La marcha de Barbastro: Barcelona, Madrid, París...

60

El vizconde de Casa Aguilar

64

París

69

El enigma de su vuelta: Barbastro, 1941

78

La desnudez y el sexo

80

Un encuentro casual: Cuixart

88

La entrevista: Luis García Bandrés

94

El reencuentro: su adiós

103

Rebelde y artista

Antonio Abarca Anoro

107

Descubrimiento de una pintora

118

¡Ahí va la loca!

126

Julieta revalorada

130

El arte de pintar sin arte

134

Pintura y vida

143

Catálogo

Comentarios de Antonio Abarca Anoro

225

Chelín Always en una cita con las células

Extracto del ensayo de Julia Aguilar Coscuñuela

245

Apéndices

246

Miscelánea

257

Exposiciones

257

Mesas redondas

257

Bibliografía

260

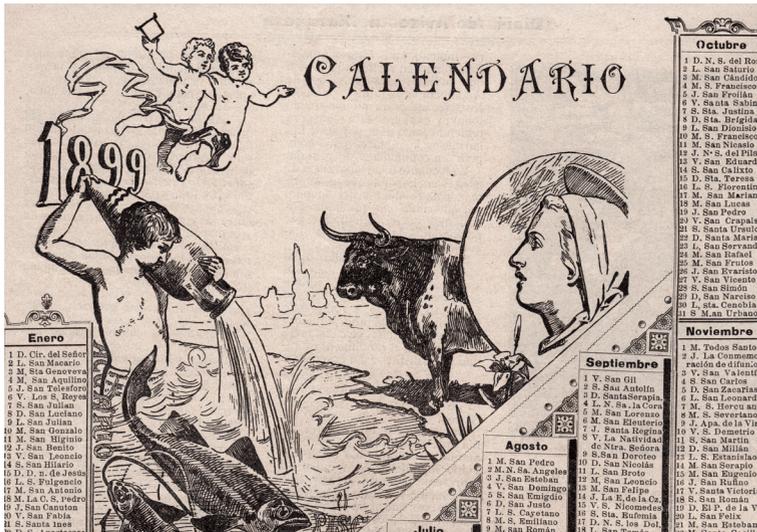
Cronología

262

Agradecimientos

Un día de San Julián

Hacia solo dos días que la festividad de los Reyes Magos había puesto el punto final a las celebraciones navideñas. Aquellas fiestas del año 1898 tuvieron un sabor inusualmente amargo. España se había sumido en una profunda crisis moral, social y política desencadenada por la pérdida de Cuba y Filipinas. Había pasado solo un mes desde la firma del Tratado de París, que ponía fin a



*Calendario de 1899.
Diario de Avisos, 25 de
diciembre de 1898. Dibujo
de Ramiro Ros Ráfales.*

las últimas posesiones españolas de ultramar, y todavía continuaba la vuelta de soldados y oficiales españoles. La brusca desaparición del espejismo colonial dejó a la vista los graves problemas de España e hizo emerger movimientos políticos y culturales que trataron de dar respuesta a todo aquel descalabro. Como si de un símbolo se tratara, el presidente del Gobierno, Sagasta, acababa de salir de una enfermedad que le mantuvo veintitrés días postrado en su domicilio. Todo el mundo había deseado acabar con aquel año y esperaba con moderada ilusión el entrante, que iba a culminar un siglo convulso, de grandes expectativas y de tremendas decepciones.

Juliana Mariana Juana Aguilar Coscuyuela nació en Barbastro el lunes 9 de enero de 1899, día de San Julián. Ninguno de los tres nombres que se le asignaron en su partida de nacimiento nos sirve para identificar a la que conocemos como *Julieta*. Además del santo del día, llevaba el nombre de su madre y también el de su padre feminizado, como si la presencia y el amparo de los padres hubieran necesitado hacerse explícitos también de esa manera. Fue en el número 23 (actual 25) de la entonces calle de Monzón y ahora de Joaquín Costa donde Juana Coscuyuela dio a luz, a las tres de la tarde, a una más que hermosa niña de seis kilos. La misma casa era a la vez vivienda y lugar donde Mariano, su padre, tenía la fonda que desde hacía ya unos años era su medio de vida. Cuesta poco imaginar el jaleo, las idas y venidas y el alborozo que produciría este parto entre los fogones de una pequeña fonda en plena hora de la comida. Paradojas de la vida, algunos de los vecinos que acompañaron alegres el nacimiento de la niña habían asistido dos días antes al funeral del dueño del inmueble, Julián Arcarazo Legarburu, acaudalado propietario de orígenes vizcaínos.

El parto debió de transcurrir con normalidad en el dormitorio de la vivienda, como era habitual. Juana fue asistida por la comadre Paca Sanz y quizá también por el médico titular de Barbastro, en aquel entonces Ignacio Camps. Todos, o más bien todas las allí presentes se percataron de algo extraño. Seguramente alguien había oído hablar de ello, pero probablemente ninguno había sido

testigo antes. La niña había venido al mundo *con velo*. Enseguida se levantaría un gran revuelo. Los cuchicheos y los comentarios, mezcla de asombro y alegría, se sucederían rápidamente. Los nacimientos con velo son muy raros y su particularidad consiste en que el bebé nace dentro de la bolsa amniótica. Es como si el cuerpo de la madre quisiera concederle un último y efímero refugio. Este hecho siempre se ha considerado augurio de buena suerte para el nacido, además de signo de posesión de poderes psíquicos. Los niños con esta particularidad se consideran especiales... Sin duda ella lo sería: «Esos velos no sé qué tienen [...]. Y a mí me hicieron desgraciada».²

El velo solía conservarse a modo de talismán, pero en este caso desapareció. Según contó ella misma, la comadre se lo llevó y lo envió a Madrid. ¿Quién pudo ser el desconocido destinatario? Seguramente algún poderoso personaje que podía pagar los altos precios que estos velos alcanzaban en el mercado de la magia. Julia creía, con razón o sin ella, haber sido muchas veces despojada de aquello que en justicia le pertenecía: el velo, la herencia, sus cuadros. «Y no me importa que me hayan robado todo...».³ Este curioso y temprano episodio supone también el arranque de la presencia de lo mágico y lo sobrenatural en su vida. La aproximación y el contacto con el mundo espiritual o trascendente tuvieron una singular importancia no solo en su concepto de la existencia, sino también en su pintura.

Hay además un detalle que para algún lector observador no habrá pasado inadvertido. Si nos fijamos en la fecha de su nacimiento veremos cómo el 9 se repite en tres ocasiones. En otras fechas trascendentales de su vida vuelve a aparecer obstinadamente el mismo número. Su madre muere un 9 del 9, su padre fallece el 7 del 2 ($7 + 2 = 9$) de 1927 (otro $7 + 2$), y ella misma murió el 29 de febrero de 1979. Descubrir el significado de este número en la cábala asombra y a la vez inquieta: lo inmutable, lo que trasciende,

2. Declaraciones de Julia a Luis J. García Bandrés en «Encuentro con Julieta», *Heraldo de Aragón*, 12 de octubre de 1977.

3. *Ibidem*.

el contacto con lo sagrado, la eternidad... Todo ello está en Julia, en sus cuadros, en sus palabras, en su vida y, cómo no, en su nombre: *Always*. Casualidad..., quizá, pero prefiero dejarme seducir por las palabras del gran poeta alemán Schiller: «No existe la casualidad, y lo que se nos presenta como azar surge de las fuentes más profundas».

Aquel día había sido lluvioso en todo el norte de España. Desde el principio del año se disfrutaba de un tiempo casi primaveral y ello había permitido acelerar las labores de recolección de la oliva, que era de una calidad y una abundancia extraordinarias. El quintal de aceite nuevo se pagaba a unas cuarenta pesetas. Los sembrados de la provincia presentaban un admirable aspecto. La confianza en una buena cosecha suponía siempre una esperanza no solo para los agricultores, sino también para el importante número de comerciantes y artesanos que conformaban la economía de la capital del Vero. Barbastro, con alrededor de ocho mil habitantes, era la segunda ciudad de la provincia de Huesca y la cabecera de una amplia comarca. Sus calles, sin embargo, en general estaban sucias y eran tortuosas y estrechas, y solo algunas, entre las que se encontraba la que vio nacer a Julia, reunían regulares condiciones.⁴ Contaba, por otro lado, con catedral, varios colegios, seminario, dos conventos, cuartel, hospital y cuatro cafés-casinos, además de con estación de ferrocarril.

Sin duda, Barbastro quedaba muy lejos de la Barcelona que Juana y Mariano habían dejado muy pocos años atrás, pero, sin embargo, no dejaba de ser una ciudad dinámica y que podía permitirles soñar con la prosperidad por la que tanto habían luchado. La llegada de Julia no iba sino a poner el broche a ese anhelo de felicidad y cambio. Parecía que ese nacimiento, con tan buenos augurios, iba a romper la mala racha que de una manera u otra todos habían padecido.

4. Ignacio Camps Baldovinos, *Memoria descriptiva de las condiciones higiénico-sanitarias de la ciudad de Barbastro*, 1894.

Rebelde y artista

El 29 de junio de 1933 fue publicada en el *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid* la siguiente orden de busca y captura contra Julia Aguilar:

Antonio Abarca Anoro

Aguilar Cosculluela (Julia), natural de Barbastro (Huesca), hija de Mariano y de Juana, de treinta y tres años de edad, soltera, *artista*, que ha tenido su domicilio últimamente en la calle de Recoletos, número 18, hotel, comparecerá, dentro del término de diez días, ante el Juzgado de instrucción número 6 de esta capital (Madrid) [...] (bajo apercibimiento de ser declarada *rebelde* [...]) para ser reducida a prisión en la cárcel celular, por consecuencia del sumario que se sigue bajo el número [...] del corriente año, por estafa.¹

Su delito: largarse de un hotel sin pagar la cuenta.

1. Al procedimiento seguido contra Julia Aguilar y a las circunstancias del caso se refiere Antonio Buil Sillés, coautor de este libro, en el apartado «El vizconde de Casa Aguilar» del capítulo anterior.



De la ficha policial de *Julia Aguilar*. Madrid, 19 de septiembre de 1931.
Fuente: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte - Archivo General de la Administración, IDD (07)026.002, caja 41/19925, sumario 240.

De esta requisitoria, absolutamente desaforada, he subrayado dos adjetivos: *rebelde* y *artista*; el primero, aplicado a Julieta² como amenaza, y el segundo, como una realidad fáctica que, unida a la de su soltería y su edad (treinta y cuatro años) la convertía en sospechosa siempre de algo, o al menos en un peligro mucho mayor que si su condición hubiera sido, pongamos por caso, la de casada y sus labores.

Corría el año 1933 y por entonces Julieta era una mujer de rompe y rasga, muy atractiva y culta, que había viajado mucho y mantenido relaciones con personas muy importantes, pero cuya estrella empezaba a declinar, a juzgar por el contenido de la orden anterior, en la que se adivina el desamparo de esta mujer antes protegida.

Fue cocotte de gran altura,
vivió en París, Estoril y en Roma,
y en Madrid se codeó con las figuras
que [en] aquellos tiempos tuvo la Corona.³

2. No puedo sustraerme a llamarla Julieta porque con este nombre la conocí y así la llamé siempre. No obstante, la observación hecha por el coautor del libro en la introducción a su escrito me ha hecho reflexionar y sobre todo me ha hecho ver la ligereza con la que a veces tratamos a las personas. No obstante, examino mi conciencia («a la conciencia no se le pueden hacer trampas», que diría mi profesor de Arquitectura, José Antonio Coderch) y no encuentro en *mi Julieta* menoscabo ni falta de respeto, sino afecto y consideración. Es, para mí, un nombre sonoro y bello como me parecen los de las actrices Giulietta Masina, Juliette Gréco, Juliette Binoche, o nuestra Julieta Serrano.

3. Pedro Zazurca, *Julia Aguilar, «Julieta»*, Barbastro, 1990.

Cuando conocí a Julieta, muchos años más tarde, era ya septuagenaria y vivía en la más absoluta pobreza, pero seguía siendo *rebelde y artista...*, lo que no dejaba de ser una provocación para aquella sociedad, la de Barbastro, pacata y muerma —y sé lo que me digo—, que la soportaba a duras penas tan solo porque creía que estaba loca. Aún recuerdo las risitas de tapadillo de ciertas gentes cuando se la cruzaban por la calle, incapaces de sostener su mirada y mucho menos de intercambiar una palabra con ella, pues temían su descaro y su ingenio. Es justo reconocer que hubo personas que la apreciaron y la ayudaron, pero fueron las menos. Conocía, en realidad, a Julieta desde niño, de verla por la calle con su fardo de periódicos bajo el brazo, siempre sonriente, y con su estrafalaria indumentaria, que llamaba la atención: medias de rayas rojas y blancas, como las de los futbolistas; guantes sin dedos; bufandas de colorines; turbantes o cintas en la cabeza; y vestidos inclasificables. Me atraía poderosamente su figura, pero nunca me atreví a acercarme a ella.

Había sido una mujer bandera, bohemia pero inteligente y muy guapa. Tenía un cuerpo muy bonito. La primera mujer que llevó pantalones en Barbastro. Cuando llegaba el verano se los cortaba y enseñaba las pantorrillas; había quien la insultaba y todo.⁴

Terminados mis estudios de Arquitectura, al regresar de Barcelona, en 1974 o unos años antes, la empecé a tratar y le tomé un afecto especial. Cuando paseaba con ella me llenaba de piropos y me reía mucho con sus ocurrencias. De uno de estos paseos di cuenta en un artículo titulado «Julieta, siempre», que se reproduce en este libro. Un día se encontró una bañera de la que alguien se había desprendido, se la llevó a casa, la pintó de azul y se decía: «Voy a bañarme a la Costa Azul». A un amigo mío le habría dicho: «Si tuviera *perras* te regalaría un abrigo con hebillas».

4. Testimonio de María Teresa R.



*Julieta en los jardines de la
estación de autobuses
de Barbastro en marzo de 1974.
Foto: Antonio Abarca.*

Me alegraba mucho verla de nuevo. Algunos días, cuando iba a trabajar por la mañana, temprano, la veía sentada en un banco de los jardines de la estación de autobuses tomando los primeros rayos de sol y me acercaba a saludarla. Por mis adentros me preguntaba: ¿qué noche habrá pasado esta mujer con este frío?, ¿habrá cenado? Con ocasión de uno de estos encuentros me dispuse a hacerle una foto y ella, con su habitual histrionismo, posó como si estuviera en trance.

Vivía en la más absoluta pobreza, pero en ella no había nada miserable. Un día en que yo cumplía años, me la encontré en el Coso y la invité a tomar unas gambas a la plancha y una copita de champán en el bar Victoria para celebrarlo; me las vi y me las deseé para pagar, pues no me dejaba. Abundando en lo mismo, un amigo de mi hermano me contó:

Julieta, a veces, venía a pedir a casa; le dabas cincuenta pesetas y luego ella te traía, a lo mejor, una bandeja de pasteles que le había costado cien. Le decíamos:

—Pero, Julieta, ¿por qué haces eso?

Y ella nos respondía:

—Porque os quiero mucho.

Así era Julieta: generosa en extremo, inteligente, siempre de buen humor y, sobre todo, buena. Yo, por aquel entonces, aún no había visto sus cuadros, ni recuerdo que Julieta me hubiera hablado nunca de ellos.